Padrastrismo

miguel ángel granados chapa

Estamos en camino de pasar del paternalismo al padrastrismo. Sé que es un simplismo comparar la administración del Estado con la doméstica. Pero las figuras metafóricas ayudan a aproximarse a los problemas, o por lo menos los dibujan con vivos colores. Por eso ~~xxxxxx~~ ~~xxxx~~ ha ganado naturalidad el bautizar, la inclinación morbosa por sustituir a los ciudadanos en su voluntad~~x~~, como si fueran menores de edad, de paternalismo, es decir la tendencia de los padres a no romper el cordón umbilical que los une a sus vástagos. Lo grave es que no se pase a una relación de adultos autónomos, sana y fundada en la igualdad, sino a una relación de enemistad, de odio, de padrastrismo, o de madrastrismo si se piensa en como la encarnada entre la reina Casilda, ⁶ ⁷ ~~la feroz madrastra de~~ Blanca Nieves, la dulce compañera de los siete enanos.

He pensado en esas cosas al conocer la estremecedora información de que el ^{neto total} gasto público/se reducirá en dos por ciento, y ~~xxx~~ por consecuencia las finanzas nacionales~~x~~ conocerán por primera vez en la historia un superávit. Me imagino ~~xxx~~ lo que el sentido común diría de un padre que condenara a sus hijos a pasar hambre y frío, los privara de satisfactores para el espíritu, los encerrara en una triste visión pueblerina, ~~y~~ no por carecer de medios, sino por ufanarse de que ha conseguido ahorros "para lo que se ofrezca". No reconocer que "lo que se ofrece" es cubrir necesidades reales, sentidas, algunas lastimosas, indica una falta de comunicación en esa familia. O, peor todavía, indica autoritarismo si los hijos, sabedores como nadie de sus requerimientos, los expresan, pidiendo que sean colmados, y el padre les responde, con actitud desdeñosa o falsamente conmisericordiosa, que él sabe lo que hace, y que todo es por el bien de los suyos, que nadie mejor calificado que él puede determinar.

Se responderá, al ~~tras~~ladar el razonamiento casero al ámbito nacional, que los efectos laterales de un gasto excesivo pueden ser lesivos del esfuerzo antiinflacionario que el gobierno, junto con la sociedad, está empeñado en continuar. Y allí justamente aparece la diferencia entre quienes confunden el bien

estar de las personas con la cuadratura del círculo conatable, financiero, numérico. Si las cifras pintan negro, si en virtud de ellas se reciben elogio de quienes han insuflado las teorías económicas vigentes, si se gana la palma de buena conducta en los certámenes internacionales, a los responsables de la política económica no les incomoda en lo absoluto el efecto negativo que el apego a las fórmulas produzca en la gente. Quién les manda estar allí, donde estorban a los propósitos macro.

Recuerdo a menudo, en estas comparaciones rupestres con la política económica, el célebre episodio narrado por Jorge Ibarguengoitia, con su inigualable perspicacia e ironía, en que las empleadas y regentas de un prostíbulo deciden eliminar la joroba de una de las pupilas. La planchan con instrumentos quemantes y cuando la espalda está ya casi plana, a la interfecta se le ocurre morir-se. Eso pasa a los mexicanos menudos con la política económica oficial: el remedio es peor que la enfermedad.

No faltará quien, solícito, piense al llegar a este punto, que será conveniente remitir al autor de estas líneas los Criterios generales de política económica para 1992, presentados en la Cámara de Diputados el viernes pasado por los secretarios de Hacienda y de Programación. En la página 27, en efecto, se lee que "la orientación de las erogaciones públicas hacia áreas socialmente prioritarias hace posible que el crecimiento real del gasto social proyectado para 1992, comparado con el de 1991, sea de 17.8 por ciento. Por ejemplo, en salud el aumento correspondiente es de 10.6 por ciento y en el Programa Nacional de Solidaridad de 19 por ciento. De esa manera, en 1992 el ~~gasto~~ ^{en desarrollo} ~~programable~~ social representará más de la mitad del gasto programable total, cuando en 1988 no alcanzaba la tercera parte. El año entrante, este gasto social se habrá incrementado 66.5 por ciento en términos reales respecto a 1988. Otro de los renglones que reciben un incremento real importante en la asignación presupuestal de 1992 es la protección del medio ambiente, de 31 por ciento en relación con 1991

Igualmente sería ducible, en contra de la posición que llamo padrastrista, el párrafo en que se informa que "en el marco de la política para la reactivación y recuperación productiva del campo mexicano, el proyecto de presupuesto incorpora un incremento del 20 por ciento real del gasto público en desarrollo rural. Se propone destinar en 1992 más de 9.3 billones de pesos para fortalecer la infraestructura, la tecnología, el crédito, el aseguramiento, los apoyos en insumos y los mecanismos de comercialización, que aseguren un impulso extraordinario al campo".

Imposible negar el impacto de esos presupuestos aumentados en la suerte de sus destinatarios. Pero el verdadero patrón con el que debe ser medido el gasto público es la necesidad de los beneficiarios de esas erogaciones. Es enorme la distancia que hay entre esas exigencias y los recursos destinados a enfrentarlas. Por eso choca la idea de gastar menos, de pasar como ahorrativos y prudentes, como si nada hiciera falta.

Padrastrismo

Miguel Angel Granados Chapa

Estamos en camino de pasar del paternalismo al padrastrismo. Sé que es un simplismo comparar la administración del Estado con la doméstica. Pero las figuras metafóricas ayudan a aproximarse a los problemas, o por lo menos los dibujan con vivos colores. Por eso ha ganado naturalidad el bautizar la inclinación morbosa por sustituir a los ciudadanos en su voluntad, como si fueran menores de edad, de paternalismo, es decir la tendencia de los padres a no romper el cordón umbilical que los une a sus vástagos. Lo grave es que no se pase a una relación de adultos autónomos, sana y fundada en la igualdad, sino a una relación de enemistad, de odio, de padrastrismo, o de madrastrismo si se piensa en la encarnada entre la reina Casilda y Blanca Nieves, la dulce compañera de los siete enanos.

He pensado en esas cosas al conocer la estremecedora información de que el gasto público neto total se reducirá en 2 por ciento, y por consecuencia las finanzas nacionales conocerán por primera vez en la historia un superávit. Me imagino lo que el sentido común diría de un padre que condenara a sus hijos a pasar hambre y frío, los privara de satisfactores para el espíritu, los encerrara en una triste visión pueblerina, no por carecer de medios, sino por ufanarse de que ha conseguido ahorros "para lo que se ofrezca". No reconocer que "lo que se ofrece" es cubrir necesidades reales, sentidas, algunas lastimosas, indica una falta de comunicación en esa familia. O, peor todavía, indica autoritarismo si los hijos, sabedores como nadie de sus requerimientos, los expresan, pidiendo que sean colmados, y el padre les responde, con actitud desdeñosa o falsamente conmisericordiosa, que él sabe lo que hace, y que todo es por el bien de los suyos, que nadie mejor calificado que él puede determinar.

Se responderá, al trasladar el razonamiento casero al ámbito nacional, que los efectos laterales de un gasto excesivo pueden ser lesivos del esfuerzo antiinflacionario que el gobierno, junto con la sociedad, está empeñado en continuar. Y allí justamente aparece la diferencia entre quienes confunden el bienestar de las personas con la cuadratura del círculo contable, financiero, numérico. Si las cifras pintan negro, si en virtud de ellas se reciben elogios de quienes han insuflado las teorías económicas vigentes, si se gana la palma de buena conducta en los certámenes internacionales, a los responsables de la política económica no les incomoda en lo absoluto el efecto negativo que el apego a las fórmulas produzca en la gente. Quién les manda estar allí, donde estorban a los propósitos *macro*.

Recuerdo a menudo, en estas comparaciones rupestres con la política económica, el célebre episodio narrado por Jorge Ibarguengoitia, con su inigualable perspicacia e ironía, en que las empleadas y regentas de un prostíbulo deciden eliminar la joroba de una de las pupilas. La planchan con instrumentos quemantes y cuando la espalda está ya casi plana, a la interfecta se le ocurre morir. Eso pasa a los mexicanos menudos con la política económica oficial: el remedio es peor que la enfermedad.

No faltará quien, solícito, piense en llegar a este punto que será conveniente remitir al autor de estas líneas los Criterios Generales de Política Económica para 1992, presentados en la Cámara de Diputados el viernes pasado por los secretarios de Hacienda y de Programación. En la página 27, en efecto, se lee que "la orientación de las erogaciones públicas hacia áreas socialmente prioritarias hace posible que el crecimiento real del gasto social proyectado para 1992, comparado con el de 1991, sea de 17.8 por ciento. Por ejemplo, en salud el aumento correspondiente es de 10.6 por ciento y en el Programa Nacional de Solidaridad de 19 por ciento. De esa manera, en 1992 el gasto en desarrollo social representará más de la mitad del gasto programable total, cuando en 1988 no alcanzaba la tercera parte. El año entrante, este gasto social se habrá incrementado 66.5 por ciento en términos reales respecto a 1988. Otro de los renglones que reciben un incremento real importante en la asignación presupuestal de 1992 es la protección del medio ambiente, de 31 por ciento en relación con 1991.

Igualmente sería aducible, en contra de la posición que llamo padrastrista, el párrafo en que se informa que "en el marco de la política para la reactivación y recuperación productiva del campo mexicano, el proyecto de presupuesto incorpora un incremento de 20 por ciento real del gasto público en desarrollo rural. Se propone destinar en 1992 más de 9.3 billones de pesos para fortalecer la infraestructura, la tecnología, el crédito, el aseguramiento, los apoyos en insumos y los mecanismos de comercialización, que aseguren un impulso extraordinario al campo".

Imposible negar el impacto de esos presupuestos aumentados en la suerte de sus destinatarios. Pero el verdadero patrón con el que debe ser medido el gasto público es la necesidad de los beneficiarios de esas erogaciones. Es enorme la distancia que hay entre esas exigencias y los recursos destinados a enfrentarlas. Por eso choca la idea de gastar menos, de pasar como ahorrativos y prudentes, como si nada hiciera falta.